

articular un saber sobre lo individual y contingente. "Se sugiere que no existe una incompatibilidad radical, e incluso que la teoría aristotélica admitiría una extensión evolutiva" (p. 266). Considero que en este punto los argumentos de Alfredo Marcos son débiles. El fijismo de Aristóteles está enraizado en su cosmología y es, de alguna manera, herencia platónica. No obstante, se apunta: "Dicha estabilidad es meramente un resultado de la conjunción de dos factores: la tendencia hacia lo mejor posible para el ser vivo en circunstancias dadas y las limitaciones impuestas por factores hereditarios mediante la tendencia hacia los rasgos paternos. La forma específica es un resultado, no tiene fuerza causal, y como resultado, es estable de modo natural en la medida en que lo sean las causas". Creo que Marcos tiende a leer el fijismo aristotélico como una especie de *per accidens* desestimando, desde mi punto de vista, el papel del motor inmóvil y los astros y de "lo dado" (las formas). En cualquier caso, las líneas de Marcos merecen todo el respeto y consideración.

En resumen, el libro tiene el doble valor del trabajo de investigación documental al tiempo

que reinterpreta las fuentes y contrasta con puntos de vista más acordes con la ciencia contemporánea. No se trata de una disección del *corpus aristotelicum* sino de una creativa exégesis del *corpus*, una ontología de los vivientes. Es una obra valiosa y de la que el mundo filosófico hispanoparlante estaba necesitado. No quiero dejar de alabar la originalidad y humor del título: *Aristóteles y otros animales*, aunque más de algún *Scholar* se ha escandalizado por ello.

Héctor Zagal
Universidad Panamericana

Tomás MELENDO: *Dignidad humana y bioética*, Pamplona: EUNSA 1999, 186 pp.

¿Metafísica o ética? El interrogante surge espontáneo con sólo echar un vistazo al índice del estudio que comienzo a reseñar. Y se confirma al llegar al último de sus párrafos, titulado significativamente "Dignidad humana y bioética". La disolución de la disyuntiva —metafísica o ética— podría enraizarse en estas palabras de *Ética y realismo*, de Antonio Millán-Puelles, a quien el autor ha reconocido más de una vez, de forma pública, como innegable

maestro: "La Filosofía toda está en todo, y toda en cada una de sus partes, como dice Aristóteles del alma. En la Metafísica está la Ética y en la Ética la Metafísica" (p. 13). O en estas otras, acaso más arriesgadas, del propio Melendo en su *Metafísica de lo concreto*: "Metafísica y ética se dan la mano. Sus perspectivas no sólo son complementarias, sino, al término, una y la misma: idénticas. *La esencia o substancia de la ética es la metafísica*" (p. 82).

Sin embargo, no todo en el libro es metafísica-ética. El capítulo primero constituye un estudio "fenomenológico" claro, y hasta ahora inédito, del significado del término "dignidad" y su relación con la persona, de las manifestaciones humanas de esa grandeza, de nuestra percepción de la misma y de las exigencias de la nobleza personal, que son la veneración y el respeto.

Para Melendo, tras un examen detallado de la significación de los vocablos, de los testimonios de los principales filósofos y de lo que nos muestra la experiencia y el habla cotidianas, la dignidad resulta intrínsecamente configurada por tres caracteres o notas: "elevación" en el ser, "intimidad" y "autonomía". En concreto, nos dice, mediante la

voz en cuestión habría que entender "aquella excelencia o *encumbramiento* correlativos a un tal grado de *interioridad* que permite al sujeto manifestarse como *autónomo*. Quien posee un 'dentro' en virtud del cual puede decirse que 'se apoya o sustenta en sí', conquista esa 'estatura' ontológica capaz de introducirlo en la esfera propia de lo sobreeminente, de lo digno. Y esto — agrega—, tanto en los dominios de la fenomenología como en los de la ontología más estricta" (p. 27).

En efecto, en estos dos ámbitos y, sobre todo, en su correlación mutua, se mueve el entero escrito. El tránsito fundamental de una a otra esfera es constante, pongo por caso, cuando, tras las huellas de Dietrich von Hildebrand y con el apoyo de Gonzalo Herranz, se estudia la estructura del respeto. "Respetar a algo —leemos en la página 48— consiste, estricta y fundamentalísimamente, en *dejarlo ser*". Y después: "*Dejar ser* a la realidad, abrirse sumisamente a la perfección del otro: he aquí, condensada, la cifra del respeto (...). Permitir que el ente *sea*, desde las distintas perspectivas en que éste lo reclama. En cuanto *verdadero* o inteligible, el ente exige ser comprendido:

conocido y re-conocido; la persona respetuosa puede apreciar con hondura la consistencia de cuanto existe. En cuanto *bueno*, el ente postula, en primer lugar, que admita su valía y me subordine a ella. En segundo término, que le permita alcanzar la plenitud que corresponde a lo bueno, a través del despliegue de sus propias virtualidades (...). Y no sólo que posibilite ese desenvolvimiento, sino que lo apoye, incluso con todo mi ser, poniéndolo enteramente a su servicio, si ese fuera el caso; en este sentido, sobre todo en relación a las personas, el respeto se configura como el primer paso del amor. Por eso, esta respuesta adopta, para lo inferior al hombre, la configuración del 'cuidado', de tanta raigambre en la filosofía clásica; y, para las demás personas, la modalidad de la 'entrega'" (p. 50).

El capítulo segundo, "la paradoja de la dignidad conculcada", expone un hecho paladino: a saber, que semejante grandeza ha sido exaltada con una pasión sin precedentes en la civilización contemporánea, *a la par* que conculcada, en la teoría y en la práctica, en proporciones que no encuentran parangón en tiempos pasados. Paradoja que en nuestro libro halla su explicación

última también en el orden metafísico: en una versión muy personal de lo que Heidegger ha denominado "olvido del ser". Por eso, para el autor, la única forma de salir del callejón sin salida en que esa suerte de ceguera nos ha situado consiste en conquistar, en las circunstancias actuales, la perspectiva adecuada de *la afirmación del ser*, para después llevar este planteamiento hasta sus últimas derivaciones, señalando de tal suerte los títulos inmediatos y las razones más definitivas de la particularísima grandeza del sujeto humano.

Como en otras ocasiones, también ahora Melendo recupera tranquilo la fecundidad del pensamiento clásico, frente a las tergiversaciones a que muchos de nuestros contemporáneos lo están sometiendo. Por ejemplo, el autor no duda en reafirmar las siguientes palabras de García de Haro: "en última instancia, *metafísica y persona se exigen recíprocamente*: como dijo Aristóteles, la substancia es el ente por excelencia —y ése fue el objeto primeramente contemplado en su metafísica—; pero, en la realidad, las características que él señaló como propias de la substancia, donde realmente se dan en su plenitud posible, es

sólo en la persona". Luego añade: "Ciertamente, Aristóteles nunca sostuvo —al menos de forma explícita— que la persona representara la magnificación existencial de la *ousia*. Pero —se pregunta ahora con Seifert— ¿acaso no posee la persona en cuanto persona el propio ser en un sentido fundamentalmente más alto y más auténtico que la substancia considerada como tal? En consecuencia, ¿no merecerá la persona el ser conceptualizada como lo auténticamente existente o —con Santo Tomás— como quien *es* en la acepción más propia? La persona constituye *el ente más acabado*, es decir, una substancia de naturaleza racional" (p. 135).

Luego, tras estudiar con detenimiento algunas de las manifestaciones de la desatención al ser en la cultura hoy dominante, concluye: "Acaso ahora se entienda cómo las ambigüedades de la modernidad, su exaltación-deprimente del sujeto humano, derivan en fin de cuentas de una capital ceguera ontológica: de haber vuelto las espaldas a la metafísica. La proclamada grandeza de todo representante de la raza humana, su celsitud psicológica y moral, pueden hoy venir 'coherentemente' conculcadas por cuanto el mismo movi-

miento que pretende elevarlas, hasta límites que no había conocido la especulación pre-moderna, las priva del auténtico cimiento —el ser— capaz de soportar la gravitación de semejante eminencia". Y prosigue: "Ya hemos dejado constancia de que la actitud adecuada ante estos equívocos —en los umbrales del siglo XXI— no consiste en absoluto en repudiar cuanto de efectiva grandeza el antropocentrismo contemporáneo ha sacado a la luz, sino en dotar a todos esos logros de la solidez irrenunciable que habrá de impedir su decisivo e irremediable abatimiento. Lo logrado, logrado está. Hagámoslo firme y duradero", y extraigamos, enraizándolas en el ser, sus virtualidades ocultas (p. 143).

Me he entretenido en subrayar los aspectos más metafísicos de *Dignidad y bioética* porque, como el autor sostiene en el *Prólogo*, se animó a dar el último toque y publicar estos pensamientos, redactados con anterioridad, al leer en la *Fides et ratio* las inequívocas palabras de Juan Pablo II: "la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite precisamente dar un fundamento al concepto de dignidad de la per-

sona por su condición espiritual. La persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro con el ser y, por tanto, con la reflexión metafísica” (n. 83). A las que añade estas otras afirmaciones magisteriales, también difíciles de tergiversar: “es necesaria una filosofía de alcance *auténticamente metafísico*, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental” (n. 83). Y todavía, citando una vez más al Papa: “si insisto tanto en el elemento metafísico es porque estoy convencido de que constituye *el camino obligado* para superar la situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía y para corregir así algunos comportamientos erróneos difundidos en nuestra sociedad” (n. 83).

No obstante, como sugería al comienzo, el libro no requiere de especiales conocimientos metafísicos para ser entendido y gustado por cualquier lector provisto de una mediana cultura y cuya sensibilidad no haya permanecido en barbecho. Sobre el horizonte dibujado por la actitud metafísica que acabo de abocetar, pero con expresiones al alcance de todos, y a veces con un deje de poesía, Melendo

desentraña aspectos muy fundamentales de la realidad humana: desde los que antes comentaba en torno a la dignidad y al respeto —son especialmente significativas en este punto las consideraciones dedicadas a la nobleza del infradotado físico o psíquico y a la de Cristo *en la Cruz*—, hasta las relativas al cientificismo, al abandono o acoso a la Naturaleza, a la libertad humana y a la relación entre dignidad y amor personales, pasando por la definición kierkegaardiana del hombre como “alguien delante de Dios”, por el crecimiento y mengua de la dignidad humana, las afrentas contra semejante nobleza (...) y la “traducción” de todo ello en los ámbitos de la medicina y de la bioética.

Como simple botón de muestra de lo señalado en el párrafo precedente, y ya para finalizar, copio casi al albur lo que el autor explica al hablar de los comportamientos humanamente dignos: “una persona actúa con dignidad cuando sus operaciones no parecen poner en juego el noble hondón constitutivo de su propio ser. Alguien acepta un castigo o una injusticia dignamente, o lucha por adquirir un bien conveniente o incluso necesario con pareja compostura,

precisamente cuando nada de ello parece afectar la consistencia de su grandeza o densidad interior: ni las afrentas la amenazan ni semejante realeza depende de la consecución de los beneficios o prebendas: el sujeto digno se encuentra como asegurado en su propia espesura y en su solidez interior. La dignidad apunta, de esta suerte, a la autarquía de lo que se eleva al asentarse en sí, de lo que no se desparrama para buscar apoyo en exterioridades inconsistentes: ni las requiere ni, como sugería, se siente asechado por ellas.

“Desde este punto de vista, la templanza, el desprendimiento de los bienes materiales, suscita indefectiblemente la sensación de dignidad: justo porque quien obra con tal moderación se muestra suficientemente radicado en su valía interior, hasta el punto de que las realidades que lo circundan se le aparecen como superfluas y es capaz de renunciar a ellas. Y algo similar, pero más hondo, experimentamos ante quien afronta la muerte con entereza, consciente de que ni siquiera ese trance supremo amenaza la consistencia radical, definitiva, de su condición más íntima” (pp. 27-28).

Un libro, en fin de cuentas, cuya lectura podría hacer medi-

tar al ciudadano de a pie y “provocar” al profesional de la filosofía, enriqueciendo sus conocimientos en torno a un tema de indudable relevancia en la cultura y en la vida contemporáneas.

José J. Escandell
Instituto de Humanidades
Ángel Ayala

Josep-Ignasi SARANYANA:
Historia de la Filosofía medieval, Pamplona: EUNSA Colección Filosófica, n. 151, 1999, 388 pp.

La Colección Filosófica de la Universidad de Navarra —que cuenta ya con más de ciento cincuenta títulos publicados— reedita por tercera vez esta obra que ha demostrado suficientemente su validez científica y pedagógica en el campo de la Filosofía medieval a lo largo de más de quince años, es decir, desde que saliera a la luz la primera edición. No resulta sencillo desarrollar los principales logros filosóficos de un período de tiempo que comprende la época patristica hasta el Renacimiento (más de catorce siglos) sin caer en simples generalidades.

Esta tarea requiere un equilibrio intelectual por parte del autor para exponer de modo

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.